

revelaría sagacidad; el apartarla de la nariz, malignidad, el inclinarla al borde inferior de los párpados, temeridad.

Los ojos que huyen expresan la antipatía; los que miran frente á frente, la lealtad; los que están secos, la irritabilidad; los húmedos, la bondad.

El matiz de los ojos es también muy hablador.

Los negros expresan vivacidad; los azules, aptitudes contemplativas; los grises, dulzura; los castaños, fuerza. Los hombres de genio suelen tener los ojos castaños, en proporción de un ochenta por ciento.

EL CORSE

El uso y el mal uso de esta prenda de vestir.—¿Por qué produce quistes y tumores malignos?—Cómo se evitan éstos.—Lo que dice un médico notable.

Hasta hoy se ha considerado el uso del corsé,—utilísima prenda de vestir para las mujeres,—como nocivo para la salud; y sin embargo no ha dejado de usarse todavía ni dejará de usarse nunca, porque es necesario y porque contribuye mucho á la elegancia en el vestir de las damas, tengan éstas el cuerpo deformado ó bien sean tan esbeltas como Diana.

Pero el uso del corsé es nocivo, según y como se use.

Reflexionando nosotros sobre la cada día más numerosa peregrinación de nuestras mujeres á Nueva York y á París para someterse á operaciones quirúrgicas, siempre dolorosas y llenas de peligro, preguntamos á un célebre cirujano, residente en Nueva York, cuál era, á su juicio, la causa productora de tantos quistes y tumores interiores en nuestras mujeres, y nos contestó: EL CORSE.

“No es el uso del corsé,—nos dijo—sino el mal uso de él. En Estados Unidos todas las mujeres lo gastan á diario y nunca ó muy raras veces ha provocado esos tumores. Lo que sucede en Colombia es idéntico á lo que ocurre en Venezuela, Ecuador, Puerto Rico y la Isla de Cuba, lugares que más operaciones que hacer ofrecen á la Cirugía.

“¿La causa? Nuestras damas tal vez por lo ardoroso del clima de los lugares que habitan, se han acostumbrado á usar vestidos sueltos que les permiten, de vez en cuando, gozar de las delicias de la hamaca ó de la mecedora; y no hacen uso del corsé sino en muy determinados casos, por ejemplo, cuando exigencias sociales las obligan á salir á la calle á hacer visitas, ó asistir á un baile ó al teatro, etc.

El corsé, nos dijo el eminente médico, no es perjudicial sino por el contrario benéfico; pero debe usarse durante todo el día, es decir, permanentemente, y en un ajuste reducido que deje libres los movimientos del cuerpo y libre la circulación de la sangre. Usado como lo usan nuestras damas, provoca al fin y al cabo, esos tumores que han traído á muchas de ellas á nuestros sanatorios á sufrir crueles operaciones.

El cuerpo, acostumbrado á una completa soltura, sufre adueltas graves cuando se le somete á la presión del corsé, porque éste dificulta entonces la circulación de la sangre, impidiendo el armónico funcionamiento de ciertas vísceras y provoca, naturalmente, con esos desarreglos, la formación de tumores, fáciles de extirpar unos y necesariamente mortales otros.

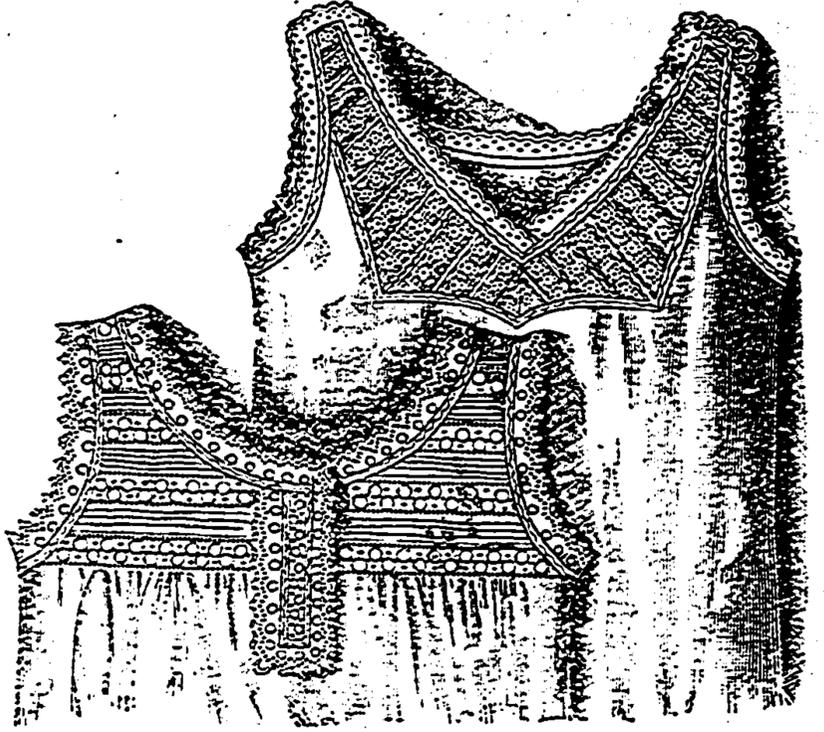
Se habrá fijado usted en cómo la mujer americana no siente molestias con el uso del corsé ni se ve expuesta á lo que se exponen nuestras damas, á pesar del uso constante de esa necesaria prenda; y se habrá fijado usted también en cómo nuestras damas se sienten inhabilitadas para todo apenas sienten la presión del corsé; son inútiles para todo, y ponen en angustia á cuantos las ven. Se las mira congestionadas; la respiración es anhelosa, las opresiones, aunque pasajeras, las sienten siempre; no pueden hacer largas jornadas; no pueden comer, porque se sienten amenazadas de asfixia; no pueden inclinarse, y más bien parecen, cuando tienen puesto el corsé, condenadas á la pena de emparedamiento, que mujeres que se visten para lucir elegantemente en un salón. Mientras el uso del corsé se practique como lo practican nuestras damas, habrá tumores y el cirujano tendrá que intervenir.

El corsé debe usarse constantemente, porque ese uso constan-

te enseña á las mujeres que no deben someterse sino á una presión moderada, pues de otro modo sería un martirio insufrible, que si hoy lo soportan por tres ó cuatro horas, se volvería inaguantable durante todo el día. Debe usarse, si, no como un compresor, sino como un sostenedor, ó debe dejar de usarse en absoluto.”

Aquí terminó el médico, quien es amigo nuestro muy estimado.

Nosotros, admiradores de toda mujer elegante, aconsejamos á nuestras damas el uso permanente del corsé. Ojalá nuestras bellas lectoras mediten sobre la opinión emitida por el célebre médico, au-



Camisas de vestir con cnesús bordados.

toridad en la materia, porque en nuestro concepto, si un viajecito á Nueva York es bueno como distracción, es pésimo cuando se hace para pasar los sustos, sufrir los dolores y correr los riesgos que siempre trae una operación.

Si siguen nuestro consejo no solamente quedarán agradecidas al médico sino también á EL TIEMPO ILUSTRADO.

¿RUBIAS O MORENAS?

Moda americana.—Una cuestión vieja como el mundo.—De qué color eran los cabellos de nuestra madre Eva —Las señoras del Olimpo.—A través de la historia.

El viento, por lo menos el que nos sopla del lado del Atlántico, favorece á las morenas. En los Estados Unidos la moda combate á las rubias, y en salones y periódicos aseguran que la humanidad debe de estar aburrida de cabellos rubios. La hegemonía, por tanto, de las rubias, toca á su término.

—¡Qué lástima!—exclaman sus defensores más tenaces.

Esta cuestión, vieja como el mundo, se ha prolongado de siglo en siglo.

El color de los cabellos de las mujeres célebres.

Nuestra madre Eva (por lo menos así nos lo han enseñado) era rubia como el mijo, lo que constituye un argumento capital y poderoso en favor de las rubias. Venus también fué rubia.

En cambio, Juno fué morena; Minerva, morena, y Proserpina, de un color moreno subidísimo. Los cabellos de una gran parte de estas señoras del Olimpo tenían la tonalidad del ébano.

Ceres, por el contrario, era rubia, así como Hebé y Diana.

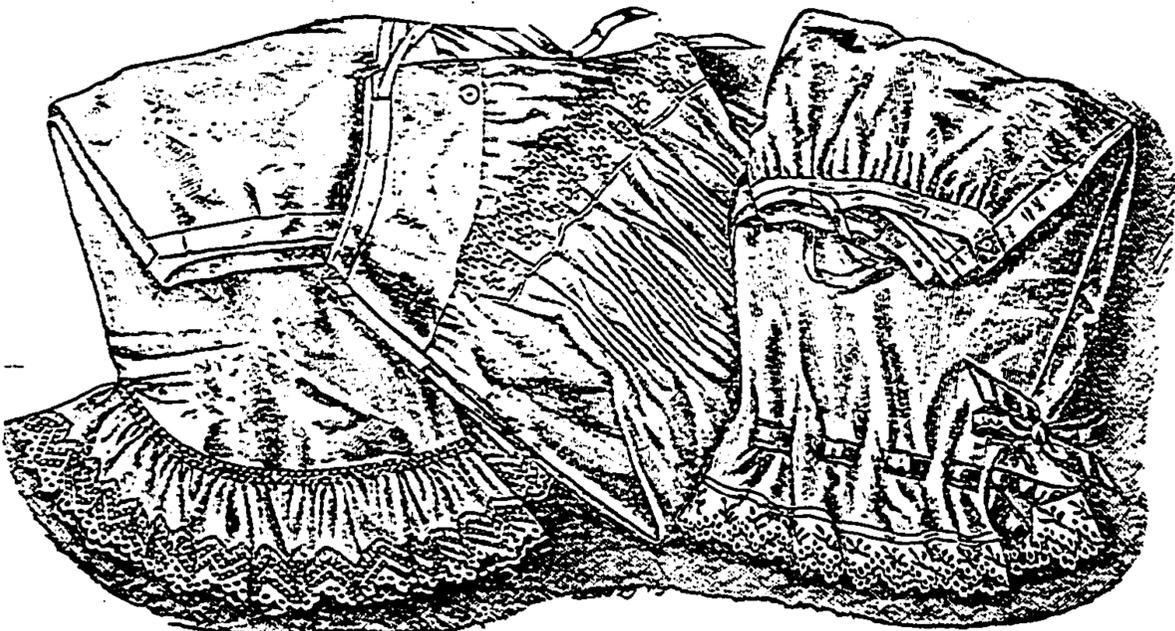
En la Historia, las bellezas clásicas aparecen divididas del mismo modo: Elena era rubia como Friné, como Lalamé; Safo y Lais fueron morenas. Morenas también fueron Lucrecia, Mesalina y Agripina. Cleopatra tenía los cabellos negros como el Erebo, lo que no es poco decir.

Entre las grandes enamoradas, Inés Sorel, Gabriela de Strées, las dos Margaritas, Diana de Poitiers, Mlle. de Lavallière, Mlle. de Fontanges, Ninón de Lenclos y la Dubarry, fueron rubias, abarcando todos los grados de lo rubio, desde el rojo fuego al ceniza, desde el rubio ardiente al rubio noguerado.

En cambio, Berta la de los largos pies; la bella Aude Brunchaut, Marion Delorme, Mme. de Montezpan, etc., fueron morenas.

Idéntica diversidad hay entre las reinas más hermosas: María Stuart y Catalina de Médecis, fueron morenas; María Tudor, Ana de Austria y María Antonieta; rubias; Josefina, morena; María Luisa, rubia....

Actualmente ocurre otro tanto: la Czarina es rubia, las reinas de Italia y Portugal, morenas; la de Holanda, rubia, etc.



Tres pantalones para señoras.